

El Oratorio en la Iglesia hoy

P. Gustavo Felten C.O.

Oratorio di Villa Alemana

(II Incontro Internazionale Oratoriano - Mexico 1998)

Si uno compara el Oratorio con otras congregaciones, nuestro instituto parece poca cosa. El Padre Theo Gunkel, fundador de Leipzig, solía decir que era una nota marginal en la vida de la Iglesia. Otros preguntan: "¿Qué pasa con el Oratorio que no crece más? ¿Estará anticuado? ¿Necesitará una mejor organización?"

Dudas como estas pueden componer un fenómeno que me gustaría llamar "el complejo oratoriano de inferioridad". Lo considero una enfermedad peligrosa que necesita un tratamiento urgente, porque fácilmente podría paralizar al enfermo. Comencemos a analizar su aspecto exterior.

Somos una familia

Es verdad que en comparación con congregaciones como los Jesuitas y Salesianos, somos una minoría ínfima, pero tenemos algo muy grande: Somos una familia.

Según la disposición explícita de San Felipe cada oratorio constituye una familia, y una familia es más que un ejército, porque sólo en la familia se engendra vida. La familia, aunque se componga sólo de tres personas, es de otra categoría, es más que todas las entidades sociales. Por eso, dediquémonos a lo que es nuestra primera vocación: ser familia y vivir en familia.

Somos antiguos pero no anticuados

Hay otro error en el diagnóstico de nuestra enfermedad, que dice que todo lo que vale tiene que ser nuevo, el último grito. Ya no basta que sea moderno, tiene que ser postmoderno. Lo antiguo se identifica con lo anticuado, y el Oratorio es antiguo, a pesar de que ha sido fundado al principio del tiempo moderno, en el renacimiento. Con éste comparte el deseo de un nuevo nacimiento, pero tenía que ser un renacimiento. No nace de la nada, sino de algo antiguo que vale y que puede ser la base y norma de lo nuevo. El Oratorio no es antiguo, sino que mantiene un gran aprecio de lo antiguo.

San Felipe era probablemente el primero que incluía la historia de la Iglesia en la liturgia y en la vida espiritual. Era el Cardenal Newman quien insiste en un camino concreto e histórico hacia Dios[1]. Y Baronio, sucesor de San Felipe, escribió la primera gran historia de la Iglesia[2]. ¿Cuál es el gran problema de la catequesis moderna? Que se ha interrumpido la tradición de la fe de una generación a otra. Y esto, sobre todo, en los países de las más grandes y antiguas culturas.

Esta falta de transmisión de fe en nuestro tiempo está íntimamente ligada a la debilidad de la familia. En el momento en que se quiebra la cadena de esta transmisión coincide con el derrumbe de la familia dentro de la civilización moderna.

La famosa conferencia de Beijing[3] ha hecho todo lo posible para evitar en sus documentos la palabra "familia". Se ha atrevido a lanzar este ataque frontal contra la familia después del derrumbe de la autoridad de la historia y la tradición. Si la historia es solamente una acumulación de desechos del pasado, se puede hacer con ella lo que se quiera y los pilares más seguros de la cultura humana se quiebran.

Estos últimos acontecimientos nos muestran hacia donde adonde apunta una cultura que se deshace de su historia. Es verdaderamente como lo dice el Evangelio, una casa construida sobre arena que no resiste los temporales del tiempo moderno. Con orgullo y responsabilidad nosotros levantamos nuestra cabeza para, con San Felipe, con Baronio, con Bérulle y con Cardenal Newman gloriarnos de nuestras grandes tradiciones.

Sentimos la urgente necesidad de hacerlas presentes en nuestro tiempo y nuestro ambiente, porque estamos convencidos que la humanidad no puede vivir sin familia ni tradición. Yo digo esto con más seguridad en México, donde las tradiciones (más antiguas que en el mundo europeo), marcan hasta hoy la vida. Basta que el visitante mire las edificaciones más modernas para constatar que reciben su grandeza y dignidad desde su inspiración azteca o maya.

Somos diferentes

Aún más admirable es que estas culturas, hasta hace poco, se han mantenido sin testimonios verbales. La tradición viva se transmite a través de muchos conductos. Más importante que los restos del pasado en espíritu. Esto se puede observar con mucha claridad con San Felipe, pues él no escribió casi nada. La regla del Oratorio no se ha podido formular antes de su muerte y, aparte de algunos principios fundamentales, aprobados por el Papa, contenía solamente las costumbres del Oratorio de Roma.

Lo que ha marcado el Oratorio hasta hoy ha sido la figura, el espíritu, pequeños aforismos, el recuerdo de su persona y su originalidad. Los grandes de la historia marcan sus épocas a través de su vida, son sus discípulos los que luego la escriben y codifican, por eso su seguimiento o influencia va mucho más allá de una institución que hayan fundado. Faltaría escribir un libro sobre la influencia de San Felipe en tantos terrenos, mucho más allá de una congregación famoso obispo, e. Felipe mismo se limitaba directamente al Oratorio de Roma, era reticente con nuevas fundaciones. La fundación de un Oratorio en Milán seguramente la rechazó, porque su l Cardenal Carlos Borromeo, tenía todo un programa de reformas tridentinas que limitaba el libre desarrollo de un Oratorio.

Una fundación en Nápoles, que querían varios de sus discípulos, le parecía problemática, porque absorbía muchas fuerzas propias. Pero Felipe, con el tiempo no podía impedir que nacieran nuevos Oratorios, cada casa bastante diferente de la otra porque la regla definía pocas cosas, el resto de pendía de las circunstancias y del ingenio de cada congregación. Así no era sorprendente que el Oratorio se desarrollaba de varias formas y que, en el fondo, cada casa era y se llamaba congregación.

Felipe confiaba mucho en el Espíritu Santo, no solamente lo había recibido en las catacumbas de San Sebastián, sino que le dejó el desarrollo de las cosas que el mismo no era capaz de definir. Por eso remitía la pregunta sobre el fundador del Oratorio siempre al Espíritu Santo.

1. La Variedad del Carisma Filipense

La independencia de cada Oratorio, querida enfáticamente por el Santo, facilitaba adaptaciones que iban más allá de lo que se había desarrollado bajo el espíritu conductor de Felipe en el Oratorio de Roma. Como ejemplos les presento dos tipos de vida filipense, cercanos al Oratorio filipense, pero con características propias y que pueden ser paradigmáticos para otros:

El Oratorio Francés

El Oratorio francés, nació en 1611, casi el mismo año en que fueron aprobados los estatutos filipenses (1612), y presenta una imagen muy diferente del filipense. Escribe el Padre Auvray (famoso exégeta del Oratorio francés), sobre su origen y características en comparación con el filipense : "La primera casa fue fundada por el Padre Bérulle en París y cada casa nueva se adhería firmemente a este origen y así el Oratorio francés se extendió muy rápido como un enjambre de abejas. Cuando murió el Cardenal Bérulle, en 1629, Francia ya estaba cubierta por sesenta Oratorios, a cuya cabeza se encontraba el superior general quién tenía que asegurar la uniformidad"[4]. A diferencia del Oratorio filipense que no conoce una autoridad central y respeta más la autonomía de la casa.

El Oratorio filipense se podría comparar con una hermosa flor, desplegada bajo el cielo romano, que ha derramado sus semillas sobre el mundo y ha hecho nacer muchas otras flores semejantes que se desarrollan como ella, sin formar parte de ella. (Se refiere a la rápida extensión del Oratorio en el siglo XVII en Europa, llegando hasta Ceylán en Asia, México y Lima en América y ahora Sudáfrica).

"Muy diferente es el oratorio francés, que se parece a un árbol cuyas raíces producen nuevos brotes que crecen apegados al tronco. Son dos imágenes bien distintas: por un lado oratorios múltiples, independientes y libres; por otro lado una congregación única, centralizada, compuesta de casas solidarias y jurídicamente unidas"[5].

A pesar de esa gran diferencia, las dos instituciones no cesan de proclamar sus rasgos comunes: "Una dependencia común de San Felipe Neri a quien los dos reconocen como su fundador e inspirador; la falta de votos y el carácter básicamente seglar de sus institutos; un espíritu común de alegría, espontaneidad y libertad"[6].

Las características comunes vienen de cierta continuidad histórica. En primer lugar, existían contactos personales entre Bérulle y el Oratorio de Roma, en los que han participado entre otros, Baronio, Juan Ancina y, en forma menos directa Francisco de Sales; propiciado por zonas geográficas y culturales colindantes como Suiza y el Sur de Francia; además de una cierta cercanía histórica, pues los sucesos se desarrollaron en pocos decenios posteriores a la muerte de San Felipe.

Ahora, ¿De dónde vienen las diferencias y separaciones? El P. Auvray las explica, aparte de ciertas circunstancias históricas fortuitas y del distinto carácter de los pueblos y personas protagonistas, principalmente por la distinta situación política de los países.

Italia estaba subdividida en una cantidad de principados y reinos, mientras que Francia, ya que en aquel tiempo, estaba unida bajo un único rey. Bérulle quería

también proteger el Oratorio contra las cambiantes intervenciones de los obispos que dependían del rey y podían deformar la esencia del Oratorio, Bérulle, un hombre muy previsor y detallista, veía indispensable una organización más fuerte del Oratorio para su fundación en estas circunstancias. El se explica diciendo: "San Felipe ha adaptado perfectamente su institución a las necesidades de su ciudad, de Roma. Pero, en consecuencia, Tenía que dejar a las comunidades de otras ciudades una cierta libertad para hacer las necesarias adaptaciones a su situación. De allá el principio de la independencia de las comunidades"[7].

En su concentración en Francia, el Oratorio francés ha podido hacer un gran aporte a la historia de la Iglesia en su tierra. Y la persona de su fundador ha sido decisiva para el comienzo de la "école Francaise", la gran escuela de la espiritualidad desde el siglo XVII. La renovación del clero francés desde adentro, se debe especialmente a al actividad de los oratorianos franceses en los seminarios[8].

Después de haber subrayado algunos rasgos del Oratorio filipense y del Oratorio francés, quiero brevemente caracterizar una congregación femenina, esta vez de España.

Las hermanas filipenses. Misioneras de la enseñanza

Las Religiosas Filipenses presentan un ejemplo interesante, no sólo por traducir la experiencia filipense, hasta ahora masculina, en forma de vida para mujeres, sino también por trasladarla a otro país (España) y otro tiempo.

Nació a mitad del siglo pasado en medio de la revolución industrial con todos sus problemas sociales y en un ambiente obrero, en Mataró, ciudad costera de Cataluña. Esta situación condiciona su apostolado, dirigido a la mujer, obreras y sirvientas, sin formación ninguna y en peligro moral.

El Espíritu Santo se sirvió de dos hermanos: Marcos y Gertrudis Castañer, para acoger esta inquietud y transformarla en medidas prácticas. Dice el Padre Marcos en al presentación de sus planes: "La fe iba perdiéndose cada día, al paso que la impiedad y desmoralización iban tomando raíces; que las malas costumbres se extendían en todas las clases de la sociedad; que las malas doctrinas iban cautivando la juventud del sexo débil, singularmente de la clase obrera de esta ciudad, y que las salas de baile iban aumentándose y eran muy concurridas, y que por otra parte se veía una grandísima y culpable ignorancia de la doctrina cristiana; que habían muchos desmanes y escándalos provocados por las jóvenes trabajadoras de fábrica al salir de ellas, singularmente por la noche"[9].

Los dos hermanos ponen a disposición de sus planes su casa y su herencia y, paso a paso, introducen las siguientes iniciativas: para las muchachas jóvenes, organizan reuniones por las noches para la catequesis y la enseñanza básica, como leer y escribir, para mayores, ejercicios para casi toda la semana; forman una congregación de señoras para ayudar al apostolado. Sólo tarde nació también una escuela. Pero el apostolado era más amplio: "reformular mujeres desde la niñez, hasta la última edad". En vista de la explotación de la mujer, era necesario ocupar los domingos para la doctrina cristiana.

Ahora, al ver las dimensiones de la obra comenzada, los Hermanos Castañer tomaron conciencia que su empresa necesitaba más solidez: el reconocimiento del Obispo, del

gobierno y del Papa (Pío IX) y una congregación con votos. Este último punto llama la atención, porque, al mismo tiempo, optaron por San Felipe Neri como su guía espiritual, y San Felipe había prohibido a los suyos los votos.

Los fundadores habían tomado contacto con los oratorianos, primero en Barcelona, después en Roma, donde conocieron también a las Oblatas. Gran parte de las reglas de estas y del Oratorio entraron a formar parte de la nueva institución, por ejemplo, la superiora se llamaba Prepósita.

El Prepósito de Barcelona tenía cierta autoridad sobre las hermanas, pero más importante era la influencia sobre su espiritualidad: la figura de San Felipe con su alegría y su celo apostólico; el primado de la predicación de la Palabra de Dios, la oración mental, etc. Era evidente una cierta convergencia entre la inspiración de los Hermanos Castañer y la espiritualidad y el apostolado de San Felipe, sobre todo con respecto al importante oratorio de los Domingos y en la gran preocupación de los pobres. Lo único que extraña dentro de este proceso de asimilación son los votos. Da la impresión que las Filipenses sentían su necesidad de estabilizarse frente a una situación muy amenazante. La todavía débil posición social de la mujer, las convulsiones de la vida política en la España de aquella época y la responsabilidad por los muchos pobres que comenzaron a depender de ellas.

Resumiendo, se puede decir que la fundación de las Hermanas Filipenses muestra la amplitud de posibilidades de vida filipense. San Felipe no es un fundador, pero sí su maestro, padre, patriarca y patrono; títulos que revelan la gran estima y veneración que tiene entre ellas y que las hace pertenecer a la familia filipense. Otras congregaciones filipenses tendrán elementos en común con ellas.

Relación y Comparación

Todos los que estamos presentes en este congreso, hemos recibido parte del espíritu de San Felipe Neri junto con otras influencias y en formas diversas, según las situaciones históricas que nos han tocado vivir. Nadie tiene el monopolio y a nadie la falta. Nos incumbe la responsabilidad por lo que hemos recibido y cuidar nuestra herencia pero, como en la parábola de los talentos, sin enterrarla ni esconderla, sino con alegría y valentía trabajar con ella.

Estos tres ejemplos de vocación oratoriana son los más conocidos y que han buscado contacto entre sí ya desde hace tiempo, especialmente en los congresos. Son varios tipos de vida oratoriana y se podría comparar con sus relaciones con un cierto ecumenismo. Los Oratorianos Filipenses serán como los católicos en la sucesión apostólica, para ellos valen sus constituciones de 1989 que los unen en una confederación de oratorios. Otros tienen una relación más directa con San Felipe, les pueden faltar elementos que para Felipe serán esenciales y, por otro lado, a veces han recibido otras influencias adicionales como, por ejemplo, el rol del Cardenal Bérulle en el Oratorio Francés o de los Hermanos Castañer en el caso de las Filipenses. Pero todos los que han venido a este congreso, muchas veces con grandes sacrificios, llevan con toda legitimidad del espíritu, el nombre de filipenses.

Las diferencias existentes no impiden que los valores, ideales y el espíritu, sean elementos compartidos por todos. Muestran que la influencia de San Felipe va mucho más allá de una dependencia histórica organizativa, pues Felipe no es santo porque haya fundado el Oratorio Filipense, en consecuencia el santo no es propiedad exclusiva

de éste. Ha sido el pueblo de Roma el que ha promovido su canonización y testificado su santidad. El Oratorio es su hijo predilecto, pero su irradiación y su obra van más allá de sus propias intenciones por eso no se consideraba fundador. él era sobre todo un gran pastor y amigo de los hombres, verdadero humanista y filántropo, tenía el don de gente, hacía sentirse bien a los demás, especialmente a los débiles, era un verdadero "padre" y en función de esta pasión por el hombre, nace el oratorio. Le salió en el camino, casi sin quererlo.

2. El Oratorio Seglar

Ahora lo que Felipe inició, no era precisamente ninguna de las formas comentadas hasta este momento, era más bien el Oratorio que describen las constituciones filipenses en N°2 con estas palabras "la unión fraterna de los fieles que siguen las huellas de San Felipe Neri y que buscan lo que él enseñó he hizo, para formar un solo corazón y una sola alma"[10].

Después, de N°5 adelante, se comienza a hablar de la Congregación del Oratorio como un grupo, constituido desde el principio al servicio del Oratorio. "Los miembros de la congregación deben preocuparse de los fieles externos, especialmente los que se han organizado como Oratorio Seglar y participan en sus actividades"[11].

Las antiguas constituciones se extienden ampliamente sobre la organización y subdivisión del Oratorio Seglar, mientras la versión de 1989 es mucho más breve en este punto e insiste en que sus reglas deben ser adaptadas al estilo de vida de hoy. El nombre Oratorio Seglar tal vez no es el más apropiado, porque tiende a separar demasiado a los laicos del clero, mientras en éste último, por falta de votos, se considera precisamente como sacerdotes seculares. Así todos los miembros del Oratorio son de alguna forma seglares, insertados en el mundo a su servicio.

Esta secularidad del Oratorio ya se ha destacado en otro contexto. Es famosa la contestación de Felipe, cuando le preguntaban, cuándo había dejado el mundo. Decía: "No sabía que lo había dejado."

En esta integración en el mundo tal vez podríamos encontrar también un acceso a las comunidades de base, con fuerte presencia en este continente. De su secularidad no cabe duda. Mas existe la preocupación de su sentido por lo trascendente. Pero una fibra del oratoriano vibra con ellos. La amplitud del concepto "Oratorio Seglar" permite también integrar actividades de otras organizaciones o movimientos que muestran cierta afinidad con el estilo del Oratorio. Nosotros tenemos buenas experiencias con las comunidades carismáticas y catecumenales: Pueden haber distintas secciones o tipos del Oratorio Seglar que le darían una mayor riqueza y variedad.

3. La Fuerza del Oratorio

La Estabilidad del lugar

La diversidad del carisma filipense y su descentralización podrían debilitar su influencia, en eficacia. Desde el punto de vista de la eficacia, en realidad son problemáticas. Pero esta categoría en lo que se refiere a la vida de la familia o a la fe, en sí es muy cuestionable. Aunque a veces la originalidad de casas o personas puede

ser extrema y molesta, la vivimos como una riqueza. Pero esta riqueza tiene también su precio.

Como en cada familia, hay bastantes conflictos. En el Oratorio tienen que ser mucho más, ya que nos faltan los lazos de la sangre y la alternancia que se produce con la salida de los hijos. La única salida del Oratorio, aparte de fundaciones, que son excepcionales, es la muerte (como en el matrimonio que dura hasta que la muerte los separa).

Ser oratoriano, es una vocación grande y exigente, como en el matrimonio. Esto tanto más que los oratorianos prácticamente no conocemos traslados. En otras congregaciones se soluciona los problemas separando las partes en conflicto. Nosotros tenemos la estabilidad del lugar. Uno se queda en el mismo Oratorio donde entra. Este punto despierta extrañeza a los de afuera. Es importante descubrir su profundo valor.

Históricamente es una herencia de San Benito y marca la transición de una iglesia Itinerante a una iglesia sedentaria. Ya en el Evangelio se notan huellas de este proceso en las primeras generaciones. Aumenta el uso de la palabra "permaneced" (J 15). Hoy estamos en una sociedad tremendamente móvil, que afecta estructuras estables como la familia, en que se necesitan virtudes como fidelidad y lealtad, constancia y paciencia.

El hecho de que son difíciles no les quita su plena validez, hoy más que nunca. Al contrario, muestra más lo importante de nuestra misión de ser familia en apoyo de tantas familias al borde de la separación. Vivir en comunidad siempre ha sido difícil, pero siempre ha sido indispensable.

El Evangelio vivido es como el aceite en el motor de la sociedad humana. Esto es nuestra vocación y no sólo del Oratorio filipense, que la tenemos escrita con letra grande en nuestras constituciones, sino de todos los que quieren seguir a San Felipe. Puede ser que tengan a veces motivos de cambios excepcionales, pero nunca deben ser "porque no se entienden", como se dice en estos casos.

La Cruz de la familia

Si queremos vivir como familia en el Oratorio y esto por vocación, es inevitable la estabilidad de pertenencia. No se puede tener una sin la otra. Es una cruz, ¡Sí, lo es! Pero el mundo ha sido salvado por la cruz y el que quiere salvar el mundo sin la cruz, no sólo se equivoca, sino que niega a Jesucristo.

San Pablo tenía que aprender esta lección en Atenas y dice al final a los Corintios: de aquí adelante no quiero conocer a nadie, sino a Jesucristo, y éste crucificado[12].

Hermanos, los invito a tomar conciencia de esta lógica para asumir esta lógica de la familia. Al haber optado en la vocación oratoriana por la vida familiar, hemos optado por su cruz. Si hoy fracasa la familia es porque se ha rechazado su cruz. Renovemos la opción de nuestra vida: por la familia, por la cruz. Ser cristiano es asumir la cruz de Cristo. Ser cristiano en familia es asumir la cruz de convivencia familiar. Es nuestro desatino común con todas las familias de la tierra.

Pero los que no conocen el evangelio de la cruz gloriosa, no serán capaces de la fidelidad hasta la muerte. Por eso la urgente necesidad de evangelizar las personas, la

cultura y, sobretodo, la familia como célula de la vida humana. Nuestra tradición y la hora histórica que vivimos, nos imponen esta misión.

El Papa ha escrito la encíclica sobre el Evangelio de la vida; pero hablar de la vida es hablar de la familia, porque en ella se gesta la vida. Nosotros somos los primeros llamados a anunciar este Evangelio, nosotros que vivimos en familia y que conocemos las dificultades de la vida familiar por propia experiencia. Pero tenemos la inagotable fuente de energía de la fe y del amor de Dios. Este impide que esperemos un amor humano pudiera darnos vida.

¿No fracasan muchos matrimonios porque exigen mucho el uno del otro? Exigen un amor que sólo Dios puede dar: Nuestra experiencia y el sufrimiento del amor cristiano, dan el peso al anuncio del Evangelio. Le dan el carácter de testimonio. ¿Cómo podríamos dar testimonio del poder del amor de Dios, si no somos capaces de sobrellevar las crisis del amor sin separarnos?

Las vivimos y sufrimos en carne propia. Si nosotros no sabemos vivir en comunidades familiares o cambiamos a los incómodos de una casa a otra, ¿Con qué autoridad moral vamos a predicar en las familias y a los matrimonios el amor de Dios?

La tarea urge. La familia cristiana, hoy más que nunca, necesita el apoyo decidido y eficaz de la Iglesia, porque ha perdido el apoyo de la sociedad. Los pocos hijos que hay, aportan poco a la cohesión de la familia. El trabajo que antes era una empresa familiar, hoy separa al matrimonio si trabajan los dos cónyuges por separado (lo que hoy es en el caso mayoritario). La vida íntima de la familia es causa de atracción y fuga en uno. Atrae por la frialdad y anonimidad de los ambientes, como el trabajo o la vida cívica. Y es causa de escape por lo exigente que es la vida íntima como encuentro profundo y unión estable de las personas.

La primera condición para la pastoral familiar es que los pastores vivamos en familia. Si el Oratorio no fuese un lugar de encuentro y se pareciese más a una pensión, no sería solamente un peligro para la vocación, sino que nos incapacitaría la tarea. Al revés, nuestra convivencia oratoriana, dará también un toque familiar a nuestro estilo pastoral.

El nuevo concepto de parroquia como comunidad de comunidades va bien con nuestra manera de ser. La fuerza de la Iglesia primitiva era la Iglesia doméstica, Iglesia familiar, donde se acogen a los sin familia, donde se aprenden desde la fe las virtudes familiares. Debería ser el estilo del Oratorio seglar. En vez de tener muchos grupos o secciones separados según sexo, edad u otros criterios, son preferibles grupos heterogéneos. Dentro de este ambiente de fe, nos hace bien a los célibes compartir con personas del otro sexo.

Inculturación

Pero la estabilidad familiar también es fundamental para otra exigencia de la pastoral hoy. Nuestro congreso tienen como tema "Evangelio Oratorio y Cultura", o también "Oratorio y Cultura Postmoderna". Junto con la importancia que hoy se da a la cultura como destinatario y ambiente de evangelización, se habla mucho de inculturación.

Sin lugar a duda, la inculturación es un proceso lento que exige una larga presencia dentro de una determinada cultura. ¿Qué mejor que el Oratorio? Nuestra misión no

está en el alto nivel, sino en la vida concreta del pueblo. Más importante que charlas sobre inculturación es inculturarse como personas, como casa, como Oratorio.

San Felipe siempre ha buscado la cercanía de la gente. Es el ejemplo de una pastoral de base. Nuestro aporte a la inculturación de la Iglesia es sumergirse, encarnarse en un determinado ambiente sociocultural. No visitarlo, ni hacerle una misión, sino identificarse y quedarse. Igualmente en lo social. No tanto organizar grandes campañas, protestas o actos masivos, sino compartir las necesidades de determinadas personas o familias, ver su rostro, su individualidad personal.

Los antiguos monjes, después de un periodo de itinerancia, comenzaron trasplantar o implantar el cristianismo. Nosotros hoy, como pastores, tenemos cierta facilidad de entrar en nuevos ambientes y echar raíces.

En Chile, donde llegó el Oratorio hace treinta y dos años, estamos en el mismo lugar desde 1968 y tenemos nuestra experiencia. Sabemos, por un lado, que inculturarse significa morir, perder la vida. Poco se lee de este aspecto en la literatura. Pero también es un resucitar como otro, más abierto, tolerante, con más horizonte. Hoy somos como uno más en el clero diocesano, en muchas oportunidades los más antiguos. Aparte de ser párrocos, ocupamos cargos diocesanos, como decano, formador en el Seminario diocesano, pastoral juvenil. En el municipio uno ha sido nombrado hijo ilustre. Son cosas pequeñas, pero significativas para nosotros, que estamos aceptados y, sin esto, no hay evangelización.

Prueba de esto es también. Que ahora están saliendo vocaciones de nuestras parroquias. He llegado a la conclusión de que la estabilidad es un prerrequisito importante para una pastoral sólida. Si no, el sucesor deshace la obra de su antecesor y así es un continuo comenzar de cero. No se alcanza un nivel de fe y de vida eclesial que presentaría con más plenitud lo que verdaderamente es la obra de Dios[13].

La antigua inmovilidad del párroco no sólo tenía desventajas. Nosotros como oratorianos somos inamovibles. Esta inmovilidad también da una base más concreta al celibato. Con base Bíblica se puede decir: El apóstol, como amigo del novio y en su representación, desposa a su comunidad parroquial con Cristo y la cuida celosamente. El pastor no es soltero, sino que es casado con su Iglesia. Y este vínculo no es una ideología, sino lazos concretos de lealtad con una comunidad que se compone de personas conocidas, familias, jóvenes, niños y ancianos.

Todo este conjunto de factores integra el ambiente del Oratorio seglar. Ahora, dentro de este no debe faltar una cosa, sin la cual no sería oratoriano: El Oratorio de la Palabra o, como dice la antigua tradición, "*Tractatio familiaris verbi Dei*"

4. La Fuente de Vida: El Oratorio de la Palabra

Sus elementos

Este ejercicio abarcaba los siguientes elementos: Lectura de un libro religioso, entretenido, después cuatro sermones, los primeros apoyados en un texto base y desarrollados en forma improvisada y con fuego. Después dos discursos más formales, uno sobre algún Santo, el otro siempre de la historia de la Iglesia, encargado normalmente a Baronio. La última palabra la tenía San Felipe, resumiendo, aclarando, profundizando y llevando a la práctica. Todo esto acompañado, interrumpido y

continuado con cantos y música. Muchas veces, especialmente los Domingos y fiestas, continuada con salidas, sea a otras Iglesias o a los enfermos.

Muchos elementos de este Oratorio de la Palabra nos parecen hoy comunes y conocidos. Sin embargo no era así en el tiempo de Felipe. Debe haber sido algo muy novedoso que despertaba hasta sospechas en las altas esferas. Pero tal vez más importante que lo novedoso del contenido, era el estilo y el ambiente que hacía sentirse bien a los participantes, apoyados en la fe de la Iglesia, en el amor de Dios y los hermanos. Por eso siempre volvieron y poco a poco conformaron un grupo más definido con un pequeño núcleo de los sacerdotes a su servicio, el Oratorio.

Aspectos esenciales

¿Qué era y sigue siendo típico de estas reuniones? Enumero algunos aspectos:

Leer la Biblia como Palabra de Dios. Sin negar el aspecto humano de la Biblia, lo que verdaderamente se cuestiona y alcanza hasta lo más profundo, es el encuentro de Dios. La Biblia es el testimonio de un pueblo y, dentro de este, de personas que se han encontrado con Dios en historia humana. Hacer de esta historia y sus riquezas un fin en sí sería en contra de su propia dinámica. Sería un reduccionismo no justificable. La tradición de la Iglesia, el mismo canon de la Biblia, hablan otro lenguaje. Por eso no hay que hablar sobre la Biblia, sino dejar hablar a la Biblia la Palabra de Dios. Palabra dirigida a mí, con mi autoridad, que me cuestiona y salva. He visto que los círculos bíblicos no duran y no mueven. El estudio crítico o histórico puede ser sólo el segundo plano.

La Palabra de Dios como Palabra de la Iglesia. La tradición de la Iglesia y su liturgia presenta la Biblia siempre en el conjunto de otros textos, cantos, imágenes, testigos de su fe. Felipe nunca ha salido de este marco. La Biblia, antes de ser una gran herencia de la humanidad, es un libro de la Iglesia, del pueblo de Dios que la vive y la hace vivir. La Biblia no puede emanciparse de la Iglesia.

En el Oratorio tenemos un trato familiar con la Palabra de Dios. Este factor es el más específico de la lectura oratoriana. "Familiar" significa "un grupo reducido , con un tono familiar", sin mucho bagaje científico o escolástico, frecuente, con activa participación de todos, en un ambiente de recogimiento, soltura y paz.

La Palabra de Dios como Evangelio. Aunque no faltaban en el Oratorio la escatología, muerte y último juicio, el llamado a la conversión, la presencia de Felipe siempre garantizaba un tono de esperanza y alegría. Por eso no podía faltar la música.

La Palabra de Dios acogida en silencio y respondida en oración. Hoy parece más importante que antes el silencio, en un mundo saturado de ruidos y con una transmisión ininterrumpida de palabras y sonidos, no puede faltar el beneficio del silencio y como alma de oración. Se espera de nosotros que seamos maestros de la oración, así como los discípulos que veían a Jesús en oración y sentían el deseo de entrar a ella. Si en un Oratorio se da este ambiente que buscan muchos, no cabe duda que entrarán, también aquí vale que la instrucción es secundaria, mucho más importante es que el Oratorio sea o contenga un ambiente que invite a la oración. Para los más necesitados de este alimento, Felipe tenía otro encuentro en la noche. No cabe duda que hoy hay una gran demanda de este ambiente, ¡Cuántos lo buscan hasta en otros continentes, porque no lo encuentran entre nosotros! Después de un largo

tiempo de racionalismo existe una fuerte búsqueda de otras experiencias que se resume en el nuevo concepto de postmodernismo, en el que prevalece lo irracional, pues el racionalismo había dejado al hombre, demasiado seco y estéril. Seguramente San Felipe conocía este vacío. Es conocido su aburrimiento con el estudio y su búsqueda del hombre concreto y del Dios de la vida que se le reveló como el Espíritu Santo. No es que buscaba lo irracional en sí. Pero su experiencia le había enseñado que su presencia en los hombres rompe los límites de lo racional, que intercede con gemidos "inefables" (R 8,26) y lo que más tenía que destacar en las catequesis del Oratorio, era el fuego. Igualmente su práctica e insistencia en las obras de la caridad muestran una cierta desconfianza de lo intelectual. La raíz del pecado estaba en la mente, como siempre decía, tocando su frente con tres dedos.

Invitación Final

Ahora, si todo esto lo reunimos como "Oratorio de la Palabra" es tan esencial que sin él se perdería el derecho de llamarse oratoriano o filipense, se presenta para todos nosotros la pregunta; ¿Cuál es la realidad de esta exigencia en mi casa? Para el Oratorio filipense no cabe duda sobre su obligatoriedad estricta en forma diaria. Para los otros filipenses no me atrevo a decirlo con la misma claridad. Pero el nombre que llevan, la tradición a la que se deben y a la necesidad que tiene la Iglesia hoy de este servicio de la Palabra, los invita a hacerse la misma pregunta: *¿Somos Oratorio, o llevamos solamente el nombre? ¿Existe entre nosotros realmente el Oratorio de la Palabra en el pleno sentido de la tradición filipense?*

Si la contestación es negativa, hay que plantearse posibilidades de su realización. Donde no existe nada semejante, hay que comenzar de cero, lo que tiene sus ventajas. Donde ya existen comunidades que realizan gran parte del Oratorio, hay que orientarlas a su plenitud y darles una más clara identidad oratoriana.

Termino con algunas citas de Talpa, discípulo todavía de San Felipe y fundador del Oratorio de Nápoles. Dice: "El ministerio de la confesión, primer principio y fundamento de la obra de San Felipe, tiene su prolongación en el ejercicio diario y familiar de la palabra de Dios." "Una cosa deseo, sin la cual parece que se destruyan todas las demás, porque se reforma este, ha de resultar el ya no ser hijos del B.P. Felipe, o lo que es lo mismo, el no pertenecer al Oratorio. El Instituto del Oratorio consiste principalmente en anunciar cotidianamente la palabra de Dios en estilo sencillo y familiar. Que, aunque a más de esto introdujo nuestro Santo Padre la frecuencia de los sacramentos y otros ejercicios espirituales, sin embargo, como ejercicio propio y peculiar de nuestro instituto eligió la *"Palabra de Dios, tratada cotidiana y familiarmente."*

[1] C. S. Dessain, Vida y pensamiento del cardenal Newman, Paulinas Oxford 1980

[2] Cesare Baronio (1538 - 1607), tras veinte años de trabajo publicó: "Annales ecclesiastic" (1588 - 1593, 12 vols., continuados y reimpresos muchas veces, valorados por la riqueza de fuentes documentales).

[3] IV Conferencia de las Naciones Unidas sobre la mujer, titulada "Igualdad, desarrollo y paz", se realizó entre el 4 y el 15 de septiembre de 1995 en Beijing, China

[4] Paul Auvray, *Communauté de l'Oratoire de France*, París 1978. De saint Philippe de Bérulle. Les origines de l'Oratoire de France, p.173

[5] Ibid

[6] Ibid

[7] Ibid

[8] Cfr. Diccionario de Espiritualidad. Herder, Barcelona, 1983. Bérulle Pierre de, p.246.I

[9] Padre Marcos Castañer en Juan Manuel Lozano, "Las Religiones de S. Felipe Neri ", Claret Tarrega 1970

[10] *Constitutiones et Statuta Generalia Confoederationis Oratorii Sancti Philippi Nerii, Romae*, die 21 Novembris 1989

[11] Ibid

[12] Cfr. 1 Cor. 2,2

[13] Cfr, 1 Cor.3,2s; Hb.5,12